

## WORKING DEAD

Muchas noches sueño que caigo en un agujero. La caída no me hace daño, pero sí siento vértigo ante ella. El agujero llega a la altura de mi pecho, y mi cuerpo encaja a la perfección sin dejar apenas espacio alrededor, como si hubiera sido una trampa solo diseñada para mí. No se está mal dentro, pero esta sensación deja de existir cuando presiento el abismo debajo de mis pies al no haber nada. Cuando por fin intento salir, me doy cuenta de que la cavidad es muy pequeña y estoy totalmente encajada en ella. Frente a mí veo miles de hormigas negras marchando en fila, en la misma dirección, trabajando sin cesar. Siento la urgencia de salir, pero es imposible. Coloco mis brazos fuera, empujando con ellos, pero lo único que consigo es que mis pies floten un poco más. Todo el esfuerzo no es suficiente para sacar mi cuerpo, y eso me hace estremecer. De repente suena el despertador, a la misma hora, todos los días, y yo sigo un día más sin salir de aquel agujero. Es la tercera vez que suena la alarma en menos de quince minutos, y siento al abrir los ojos que no soy capaz de levantarme, como el día de la marmota. Ya no salgo a correr por las mañanas, he dejado todas las actividades que me hacían sentir bien. Pienso que el trabajo ha invadido todos mis espacios mientras me inyecto el café. Las horas en él transcurren despacio, mientras que los días y las semanas se pasan extremadamente rápido. Así sé que el tiempo, cuando lo cubres con fechas de entrega y *deberías*, se desliza entre los dedos y se cae.

Hubo un tiempo en el que sabía con ilusión a dónde iba todo lo que hacía, pero ya no me interesa. La empresa está en su época más activa, y pese a ello, los sueldos no mejoran y hay mucha gente de baja, supongo que por apatía, ya que nada de lo que hagan cambiará esta situación. La falta de gente, mucha por cansancio, nos está afectando a todos, dejándonos sin energía al cubrir puestos para los que no estamos preparados, además de las horas extra que poco se valoran. Estoy mentalmente exhausta. No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve un fin de semana para mí. Pero no hay otra si no quiero la incertidumbre del paro. *Date con un canto en los dientes* me dicen. No sé en qué momento me sumergí en esta obsesión por la eficiencia y el rendimiento que hace que me hunda poco a poco. Dicen que pertenezco a la *generación del cansancio*, por la imposibilidad de hacer tareas pequeñas del día a día como cocinar un martes por la noche o poner la ropa en la lavadora y que no se pase días con aclarados. Pago el alquiler más tarde de lo que debería por unos olvidos que me acompañan desde hace poco, y mi agenda está llena de *importantes* en letras rojas. Aun así, no sé diferenciar lo importante de lo urgente. Todo lo es. Una versión del trabajo 2.0 que añade lo

telemático y los mensajes de *whatsapp*, sin dejar tiempo para pensar en mí. En mi caso comenzó a ser un problema cuando fui más eficiente en lo laboral que en lo personal. Ellos demandaban cada vez más, como si de vampiros buscando sangre se tratara, y yo les ofrecía mis venas para que se nutrieran, por miedo a que se olvidaran de mí. Abandoné todo lo demás, me quedé aislada, moviéndome en un bucle ascendente, un bucle sin fin. Ya no tengo gente a mi alrededor que me quiera por lo que soy y no por si soy o no productiva. Y en los días en los que la tristeza invade todo, intento olvidarla participando en *Los Juegos del Hambre*, la lucha por quedarme, porque cuenten conmigo. Si decidía jugar, me vería obligada a participar en proyectos que estaban por encima de mis posibilidades, pero ahora era lo único que me quedaba. Y, como un gran puzzle, mi vida se fue llenando de piezas inconexas a una velocidad abismal, porque mientras estoy en movimiento, no pienso en qué estoy haciendo mal. Una *cárcel mental* diseñada por otros, donde la *multitarea* tiene beneficios para ellos y grandes consecuencias para mí. La enemiga de la calidad de mi trabajo, la que me deja mal sabor de boca y disminuye mi atención y mi rendimiento, es la que me destruye por fin. Ya no soy eficaz, no puedo llegar hasta ahí.

Me gusta la cultura japonesa, siempre quise viajar a Tokio. Pasear por sus callejones iluminados con farolillos, ver su vertiente más futurista con sus neones encendidos, disfrutar de su comida en los puestos callejeros, admirar sus cerezos en flor. Pero ya no sueño con eso. Pienso que lo más cerca que estaré de ese lugar es a través del término “*Karoshi*”, la muerte por trabajar muchas horas al día. Una vez leí que Miwa Sado, una reportera de la radio pública de Japón, murió en su casa cuando su corazón se detuvo después de muchas horas trabajando sin descanso. La encontraron en su cama mientras sostenía su móvil. Este último detalle me sorprendió, pero también su edad, 30 años. Ahora esa leyenda urbana se me hace real. ¿Cuándo me olvidé de que SOY el tiempo que me queda? ¿Cuándo dejé de respirar tranquila, sin nadie que exigiera algo de mí, sin alarmas, sin horarios? ¿Cuándo me olvidé del placer de no hacer nada sin sentirme culpable? El *dolce far niente* italiano. Cuando era pequeña y me preguntaban *¿Qué quieres ser en la vida?* yo respondía *ser buena persona*, me parecía más importante que todo lo demás. Pero ya esto no me sirve. Ahora tengo los pies colgando en el vacío, por querer bajarme de la rueda, y no lo consigo. Y es que me gustaba lo que hacía, pero no así. Ahora siento angustia por saber que, si no salgo a tiempo del agujero, acabará la partida para mí. “GAME OVER”. Se cierra la sesión de terapia de hoy para María. No hay tiempo para más, dice su psicóloga. Por eso guardará su última pregunta para la próxima semana: ¿Será que lo REVOLUCIONARIO va a ser parar?